

Año VIII Número 92.

Números anteriores HI

Quiénes somos.

Suscríbete a la Revista.

Contacta con nosotros.

BUSCA ALGO



Hombres Igualitarios
Revista digital de AHIGE

Main Navigation



EL SILENCIO DE LOS HOMBRES.

JUNIO 30, 2016

EL SILENCIO DE LOS HOMBRES.

Escrito por Marco Eggenter (Maschile Plurale).

Traducción de Juanjo Compairé.

Otra vez, otro feminicidio, otra vez la violencia atroz cometida por un hombre contra una mujer joven. La pregunta que me he hecho a mí mismo, la pregunta que me han hecho, de manera directa o indirecta, las mujeres con las que me relaciono y que me han pedido que no busque escapatoria,

es precisa y aguda: ¿por qué los hombres permanecen en silencio frente a este tipo de violencia? ¿Qué significa este silencio?

Esta es la pregunta y a ella querría intentar responder hasta donde me sea posible. Por supuesto, no pretendo responder en nombre del “género” masculino, lo que resultaría absurdo e incluso filosóficamente incorrecto, sino responder como un hombre, del género masculino, que está aquí y ahora, en carne y hueso, con su vida específica, con su experiencia y con su propia manera de ser hombre.

Me he preguntado, pues, desde qué lugar podría comenzar y, puesto que tengo una formación filosófica y, como sabéis, para un filósofo la palabra es la piedra angular de todo discurso significativo, he pensado en interrogar antes que nada a la palabra “silencio”, para intentar comprender su significado. De esta manera, siguiendo fiel al principio que desde hace tiempo hice mío y que, por cierto, es el principio de todo el pensamiento femenino-feminista (es decir, aquel “partir de sí”, que ha dado origen al pensamiento de la experiencia como método de investigación), he intentado repensar cuántas veces en mi experiencia de vida he permanecido en silencio, de cuántas maneras diferentes lo he practicado o entendido.

Así, he descubierto que no existe “el silencio”, sino que hay muchos y que no se diferencian entre sí tan solo porque supongan diferentes significados, sino porque detrás de estos significados se esconden maneras de actuar diferentes.

Cuántas veces en mi experiencia de vida he permanecido en silencio, de cuántas maneras diferentes lo he practicado o entendido.

Probad pensar, por ejemplo, en el **silencio de la escucha**. Un silencio rico, que abre un sinfín de posibilidades de relación. O el **silencio del éxtasis** que se abre a la transcendencia. O el **silencio amoroso** que cancela las palabras abriendo el espacio del deseo y del cuerpo. Todos estos, silencios que transforman un acto pasivo en potencia creativa, dando lugar a nuevas experiencias, nuevos mundos, nuevas maneras de estar en relación.

Pero, por el contrario, existen también **silencios que cierran**, que entristecen, que niegan. Pensad en cuando el silencio se convierte en un verdadero ejercicio de poder. Es decir,

cuando niega la posibilidad de interrogación, forzando al interlocutor a quedarse encerrado en sus dudas y su sufrimiento. Pensad en cuánto poder ejerce quien tiene la facultad de no responder a nuestras preguntas; en cuánta violencia hay en este silencio. Hemos oído hablar muchas veces del silencio mafioso, un silencio basado en la “*omertà*”, en el código de honor, en el miedo, que vehicula y sostiene la posibilidad del crimen organizado justo sobre una red de silencios.

Pero también existe el **silencio heroico**, aquel que en situaciones de extremo peligro declara la imposibilidad ética de la delación. “...*Mi sun de quei che parlen no!*” (“*yo soy de los que no hablan!*”), como dice la muy famosa canción partisana, en la que recuerda el silencio heroico de los hombres que renunciaron a su vida para salvar las de los compañeros.

Por último, está el **silencio ignorante**, aquel silencio al que le faltan las palabras para decir toda la verdad de nuestra experiencia de vida. Una multiplicidad de significados, por tanto, que se abre ante nosotros cuando hablamos de silencio.

Para poder dar sentido a la pregunta inicial tenemos que comprender de qué tipo es el silencio practicado por los hombres ante a la violencia que ellos mismos ejercen contra las mujeres. No es un silencio del éxtasis ni tampoco un silencio amoroso, no tiene nada de heroico ni tampoco es un sencillo ejercicio de poder. Tal vez se acerca más al silencio de la mafia, pero carece de la conciencia de formar parte de una red de connivencia, carece de los códigos de conducta, le falta el miedo.

Por tanto, del que os querría hablar es un silencio diferente, un silencio antiguo sobre el que se ha tejido la historia masculina y que emerge, a veces de un modo ensordecedor. Yo definiría, utilizando una conocida expresión de Hannah Arendt: el silencio en que se basa la banalidad del mal. En otras palabras, el silencio que genera y alimenta el mal, que se extiende sobre la superficie, que no tiene raíces profundas, que no tiene códigos, pero que vive y se desarrolla en la connivencia torpe, en la banalidad de lo obvio; que se transmite a través de medias sonrisas de complacencia y palmaditas en la espalda; que congela el pensamiento banalizándolo. Un silencio roto por una frase que se va repitiendo indefinidamente: “no me incumbe”. En suma, un

silencio que ha permitido a los hombres proclamarse fuera de los asuntos y al mal propagarse sin obstáculos por la superficie del mundo.

Ya hemos encontrado este tipo de silencio en nuestra historia reciente y no creo que la comparación sea desproporcionada. Me estoy refiriendo al silencio que se extendió como un velo por toda Europa cuando en los campos de exterminio se perpetraba la mayor atrocidad nunca perpetrada contra seres humanos. Este silencio que ha permitido a cada uno de los protagonistas tener un manto bajo el cual ocultar sus responsabilidades. Un silencio construido sobre la certeza banal de no ser responsables. Cada uno de los personajes de esta triste historia estaba orgulloso del hecho de realizar bien su trabajo, de ser un buen padre de familia, de ser, a fin de cuentas, una persona honesta: el maquinista era bueno y obediente al conducir el tren de los prisioneros; el trabajador al construir los barracones; el cocinero al preparar las comidas; el soldado al abrir la llave del gas. Nadie se había planteado el sentido de lo que estaba haciendo y de cómo su silencio era connivente.

Yo definiría, utilizando una conocida expresión de Hannah Arendt: el silencio en que se basa la banalidad del mal. En otras palabras, el silencio que genera y alimenta el mal.

Creo que hay una extraña coincidencia entre ese silencio y el que hoy en día vemos ante una violencia continua y brutal. Hemos encontrado una evidente confirmación en el largo periodo berlusconiano que apenas ha pasado, en el silencio que ha acompañado la sustitución de los padres de la patria por la pandilla de los padres de la horda, cuando se descubrió que la anomalía de nuestro país se había convertido en indecencia, cuando se ha hecho evidente que el juego político se consumaba en un triste intercambio entre cuerpos femeninos y poder masculino.

En aquellos días asistimos al triunfo de este silencio y lo hemos visto mutarse en “banalidad del mal”. Las únicas voces masculinas que se alzaron hablaban del “silencio de las mujeres”, con un desplazamiento como mínimo un poco desconcertante que daba por sentado que lo que acontecía les ofendía a ellas y que por consiguiente les correspondía a ellas la carga y el honor de manifestar indignación y protesta. Nadie de nosotros los hombres (excepto rarísimos casos)

pensó en interrogar su propio silencio, en repensar el propio imaginario, en preguntarse hasta qué punto nuestra sexualidad se inserta de un modo tan perfecto en la misma lógica de aquel poder del cual nos considerábamos fuera. Ninguno se planeó – ni siquiera lejanamente- si nuestra sexualidad tiene que permanecer, siempre e inexorablemente, idéntica a sí misma, incapaz de desarrollarse, aplastada y aplanada sobre una especie de determinismo biológico, balbuceando una serie de lugares comunes dichos y repetidos: *“la desmesura es nuestra característica natural”*; *“al fin y al cabo somos hombres”*; *“la sangre no es agua”*, etc...

Y no obstante, plantearnos por qué nuestra sexualidad es tan pobre, atávicamente reducida a pura necesidad biológica, debería ser para todos nosotros una cuestión crucial. ¿Cómo podemos no sentirnos interrogados en la propia definición de nuestro ser, de nuestra sexualidad, de nuestros deseos, imaginarios, fantasías, por el comportamiento del género al cual pertenecemos? ¿Cómo podemos sentirnos todavía extraños al hecho de que hombres como nosotros matan a quien aman; hombres que violan, que trafican con carne humana?

Aún más: ¿por qué nos obstinamos en no cambiar nuestros privilegios por la libertad que nos es ofrecida por las mujeres? ¿Por qué hemos renunciado a la libertad sexual, a la belleza del amor, al placer de la reciprocidad de los deseos para secundar una falsa pulsión que sacrifica el gozo de nuestro eros por la miseria del porno y del sexo mercantilizado? ¿Por qué continuamos dando crédito a la idea de que nuestra desmesura como seres masculinos se vea como ahistórica, inmodificable, dada por siempre y para siempre? En fin, ¿por qué continuamos escondiéndonos detrás de un muro de silencio que no es otra cosa que el grito sordo de la banalidad del mal que cada uno de nosotros alimenta con su silencio connivente? Éstas son las preguntas que me dirijo y que dirijo a todos los hombres con los que comparto mis expectativas de vida, en un intento difícil de encontrar nuevas palabras y nuevos imaginarios capaces de transformar la miseria en la que se encuentra nuestra masculinidad.

... Plantearnos por qué nuestra sexualidad es tan pobre, atávicamente reducida a pura necesidad biológica, debería ser para todos nosotros una cuestión crucial. [...] [...] ¿Cómo podemos sentirnos todavía extraños al hecho de que hombres como nosotros matan a quien aman;

hombres que violan, que trafican con carne humana?

Pero me doy cuenta de que estas palabras pronunciadas aquí, en este contexto, resuenan como algo ya sabido. Las mujeres las conocen desde tiempo inmemorial; sólo los hombres siguen siendo ciegos y sordos ante esta evidencia. De la misma manera, me doy cuenta de que intentar dar respuesta a la pregunta que me han planteado con otra pregunta no era lo que se me pedía, y esto dice mucho en relación con mi dificultad, muy masculina, para abordar esta cuestión. En suma, no he respondido nada en absoluto, e intentaré agregar otras palabras para ver si lo puedo hacer mejor.

¿Por qué nos obstinamos en no cambiar nuestros privilegios por la libertad que nos es ofrecida por las mujeres? ¿Por qué hemos renunciado a la libertad sexual, a la belleza del amor, al placer de la reciprocidad de los deseos para secundar una falsa pulsión que sacrifica el gozo de nuestro eros por la miseria del porno y del sexo mercantilizado?

Por supuesto, todos somos conscientes del hecho de que la violencia de género es un fenómeno complejo, resultado perverso de múltiples causas, pero entrelazadas entre sí. Para intentar entenderla, hace falta que todos los hombres cambiemos radicalmente nuestro punto de vista y que abandonemos por fin las interpretaciones que la hacen dependiente de una naturaleza perversa que nos condena a nuestra violencia masculina; o que la contemplan como un resultado del desorden de las relaciones entre sexos; o, peor aún, como respuesta compulsiva a los lenguajes de una seducción femenina también sin medida.

Todas estas interpretaciones enmascaran y eliminan el verdadero peligro de la violencia masculina; o sea, que esta tiene carácter estructural y no excepcional en nuestra sociedad. Interpretaciones que a menudo llevan consigo la ambigua nostalgia por un sistema cierto de valores y de modelos de relación que habrían garantizado en el pasado una convivencia armónica entre los sexos.

El verdadero peligro de la violencia masculina; o sea, que esta tiene carácter estructural y no excepcional en nuestra sociedad.

Por el contrario, afirmarí (y lo digo por experiencia masculina) que este tipo de violencia es una expresión que confirma la existencia continuada del orden simbólico, de un sistema de valores que da forma a nuestros cuerpos, nuestras identidades y nuestras relaciones y que no actúa, claro está, desde el exterior. No se trata de un poder abstracto del que podamos escapar con una simple crítica, sino que hunde sus raíces en el interior de cada uno de nosotros y que requiere una verdadera metamorfosis.

La existencia continuada del orden simbólico, de un sistema de valores que da forma a nuestros cuerpos, nuestras identidades y nuestras relaciones y que no actúa, claro está, desde el exterior. [...] [...] hunde sus raíces en el interior de cada uno de nosotros y que requiere una verdadera metamorfosis.

La violencia contra las mujeres es, a todos los efectos, la evidencia de un modo de ser, de un modo de hacer relación, de una idea de sexualidad que debe colocarse en el centro de una práctica de práctica colectiva de transformación que interpele no nuestra presunta patología sino nuestra normalidad. Es decir, el repertorio de estereotipos que, tanto si queremos como si no, todos los hombres compartimos con el violador o con el hombre que pega o mata a la mujer que ama.

Debe colocarse en el centro de una práctica de práctica colectiva de transformación que interpele no nuestra presunta patología sino nuestra normalidad.

Ésta es la tarea a la que, como hombres, estamos llamados. Una tarea que ya no podemos eludir. Una tarea urgente y necesaria para salir de un silencio maligno y cruel.

Texto original en italiano en facebook

◆ Etiquetas: [masculinidad](#), [sexualidad](#), [violencia](#)

← Libro "El pretendido SAP"

VIOLENCIA DE GÉNERO Y PROTECCIÓN DE MENORES →

 UN COMENTARIO

RESPONDER

UNA SEGUIDORA DE AHIGE

JULIO 11, 2016EN1:42 AM

Un escrito magnífico, como viene siendo habitual con otros muchos en vuestra web, aunque de éste, particularmente, he de decir que me ha calado. A medida que he ido adquiriendo conciencia feminista, también surgía más a menudo la pregunta sobre el porqué del silencio de los hombres, el porqué no se oponen (o de hacerlo, que sea abiertamente) ante ciertos comportamientos contra nosotras: desde la simple infravaloración o vejación a través de comentarios, pasando por la no colaboración con el trabajo doméstico, hasta la violación y el tráfico sexual y la prostitución.

Qué silencio tan atronador el de la inmensa mayoría de ellos, y que tan contrario es al de los gritos y voces que dan cuando se encuentran todos juntos en un estadio de fútbol. Hay momentos en que lo pienso a fondo, y simplemente, me repugna. Qué triste, triste de veras; con lo maravilloso que sería si fueran diferentes, si fueran nuestros compañeros. Ya hace mucho tiempo que no deseo tener pareja, ¿para qué? Y cuando ha surgido alguna posibilidad, antes o después aparece "el detalle", esa mirada, ese comentario, o la falta de él, que ya me advierte sobre una forma de pensar: la de la mayoría de ellos en el estadio de fútbol.

Otras reflexiones del texto, sin embargo, son preciosas.

Felicidades por vuestra web.